

—Bueno, bueno; yo veré el medio de arreglarlo— dijo Luisa.

Y pagó la estera sin decir á Jorge nada. Pero la mañana que la llevaron, preguntó á Luisa qué eran aquellos rollos de estera que había en el pasillo.

Luisa rióse, le puso las manos sobre los hombros y dijo:

—Es porque Juliana me pidió, como una limosna, una estera, porque el piso está sin ladrillos ya. Qui- so pagarla, para descontar de su salario, y eso hu- biera sido ridículo.—Y añadió compasivamente:— También son criaturas de Dios, y no esclavas...

—¡Bravo! Que no tarden los bronces y los espe- jos... Pero ¿qué cambio es éste, cuando no podías verla?

—¡Pobrecilla! dijo Luisa. — Reconocí que era bue- na mujer, y como he estado sola, la he ido aprecian- do más. No tenía compañía, y cuando estuve en- ferma...

—¡Qué! ¿Estuviste enferma?

—Tres días solamente; un resfriado. Pues bien, no se separó de día ni de noche de mi lado.

Luisa temió que Jorge hablase de su enfermedad, y que desprevenida Juliana, negara. Por eso, al obscurecer, la llamó á su cuarto.

—He dicho al señorito que me hizo usted mucha compañía cuando tuve una indisposición.

Y su semblante se coloreó al decirlo.

Juliana sonrió de la complicidad.

—Entendido, señorita; pierda usted cuidado.

Al día siguiente, Jorge, después del café, dijo bon- dadosamente á Juliana:

—Ya sé que acompañó usted á la señorita.

—Hice mi deber, señor—replicó inclinándose.

—Bien, bien—exclamó Jorge, y la gratificó con media libra esterlina.

—¡Bueno val!—murmuró Juliana.

Aquella mañana empezó á quejarse de que la ropa en su baúl se le apolillaba. Si ella tuviera dinero no importaría, pero... Y declaró que le hacía falta una cómoda.

Luisa con ira, dijo, levantando la vista del bor- dado:

—¿Una cómoda?

—Sí, señora.

—Pero tiene usted poca ropa—objetó Luisa, que, cansada y humillada, regateaba ya las condescen- dencias.

—Es cierto, señora—replicó Juliana;—mas pienso redondearme ahora.

La cómoda se compró en secreto y se introdujo en la casa fraudulentamente. ¡Qué día más feliz para Juliana! Saboreaba el aroma de la madera nueva y pasaba la mano con temblor de caricia sobre el barniz. Forró los cajones y “comenzó á redon- dearse”.

Las semanas siguientes fueron tristes para Luisa, Juliana entraba en su cuarto por las mañanas, y empezando á arreglar, decía de pronto con quejumbrosa voz:

—¡Estoy tan falta de camisas!... Si la señora pudiera ayudarme...

Luisa abría sus repletos cajones y apartaba sus camisas más usadas. Tenía la ropa blanca por docenas, con preciosas marcas, y saquitos perfumados. Juliana llegó á pedir como de derecho:

¡Qué bonita camisa!... ¿La señora no la quiere, verdad?

—Tómela usted—decía con orgullosa sonrisa Luisa, por no mostrarse violentada.

Por las noches, Juliana, sentada en la estera, con la luz sobre una silla, cambiaba las marcas de la ropa, poniendo con hilo rojo sus iniciales con grandes letras, J. C. T. (Juliana Conceiro Tavira).

Aquello acabó porque estaba repleta de ropa blanca.

—Si la señora quiere ayudarme ahora con algo para la calle...

Y Luisa comenzó "á vestirla."

La dió un vestido de seda, granate, y una blusa de casimir negro con bordados de *soutache*. Recelando que Jorge lo conociese mandó teñir de castaño el vestido y le puso guarniciones de terciopelo.

Un día dijo Jorge sonriendo:

—Esta Juliana prospera á ojos vistos.

Doña Felicidad lo advirtió también por la noche

—¡Qué *chic*! ¡Ni una criada de palacio!

—¡Pobrel! ¡Son cosas que ella aprovecha!...

Prosperaba en efecto: ponía en su cama sábanas de hilo, colchones nuevos y una alfombra á los pies de la cama. Los saquitos de Luisa pasaron á perfumar su ropa. Por último, un día festivo salió con moño muy bien peinado en vez de la redécilla de seda.

Juana se pasmaba ante aquellos lujos. Cierta día que Juliana estrenó una sombrilla, dijo con despecho delante de Luisa:

—Para unas todo; para otras nada...

Luisa acudió sonriendo:

—¡Qué tonterías! Yo soy la misma para todos.

Reflexionó, sin embargo; Juana podía desconfiar también, y haber oído *alguna cosa* á Juliana. Al día siguiente, para tenerla contenta, la regaló dos pañuelos de seda y dos mil reis para un vestido, sin rehusarla en lo sucesivo licencias para ir de noche á "casa de una tía."

Juana decía que la señora era un ángel, y en la calle habían advertido el lujo de Juliana. Se decía que tenía ahorros y se sabía lo del vestido nuevo. El mueblista decía indignado que allí había llo. Juliana dió explicaciones delante de la estanquera y de Paula.

—Dicen que tengo esto, aquello y lo de más allá. ¡Se exagera! Tengo mis comodidades, pero, ¿y de qué manera traté y cuidé á la tía sin descansar de

día ni de noche? Nada más que por eso he perdido mi salud y hagan lo que hagan no me pagan aquellos malos ratos.

Se justificó así la prosperidad de Juliana, y todos dijeron que como era familia agradecida tratábanla cual si fuera parienta.

Todas las criadas del barrio deseaban aquella ganga, contribuyendo á que se extendiese la fama de la casa del ingeniero y se crease una leyenda.

Jorge, atónito, recibía todos los días cartas de gentes que se ofrecían para criados.

Citaban las casas encumbradas de que habían salido, y pedían audiencia; sospchando ciertas cosas, mandó una doncella su retrato, y un cocinero llevó carta de recomendación del director general del ministerio.

—¡Cosa extraña!—decía Jorge.—¡Se disputan la honra de servirmel... ¡Cualquiera diría que me ha caído el premio gordol

Pero no daba importancia á aquello. Estaba ocupadísimo escribiendo su Memoria, y todos los días salía á las doce y volvía á las seis, con rollos de papeles y mapas, cansado, deseando comer y alegre.

Contó lo sucedido, un domingo por la noche. El Consejero opinó:

—Por el buen genio de Luisa, Jorge, en este saludable barrio, es lógico que la servidumbre menos favorecida por la suerte aspire á posición tan agradable.

—Opino lo mismo—dijo Jorge, dando alegremente á Luisa en la espalda.

La casa se volvía, en efecto, alegre. Juliana exigía que la comida fuese más abundante, y como era buena cocinera, vigilaba los fogones, probaba y enseñaba primores á Juana.

—Esta Juana es un portento—decía Jorge—se la ve crecer en disposición.

En medio de aquella prosperidad, Luisa sufría. ¿Hasta dónde llegaría la tiranía de Juliana? ¡Cómo la odiaba! La seguía á veces con mirada tan rencorosa, que recelaba se volviese súbitamente como herida por la espalda. Y la veía satisfecha, durmiendo sobre colchones como los suyos, pavoneándose con *su* ropa, reinando en *su* casa. ¿Era justo aquello, Dios mío?

Otras veces se irritaba, retorció los brazos, blasfemaba, se revolvía en su dolor como en las mallas de una red; pero no hallando solución á aquel problema, caía en áspera melancolía. Seguía con júbilo el creciente amarillear del rostro de Juliana, y esperábalo todo del aneurisma... ¿No estallarí cualquier día?

¡Y Jorge, dale con elogiarla!

La pesaba la vida. Veníanla por momentos, de pronto, deseos de huir y meterse en un convento. Su excitada sensibilidad la hubiera empujado á algún arranque melodramático, si no la retuviese su amor á Jorge. ¡Porque le amaba ahora con locura! Amábale con cuidados que nunca tuvo, con ímpetu de concubina. Tenía celos de todo, hasta del ministerio y la Memoria.

Ella misma se esforzaba por alimentar aquella pasión, hallando en ella la compensación de sus humillaciones. ¿Cómo había llegado á *aquello*? Porque siempre le había querido, cierto, pero no por modo tan exclusivo.

Al principio el recuerdo del *otro* pesaba constantemente sobre este amor, dejando hiel en cada beso, y un remordimiento en cada noche, más poco á poco se debilitó tanto aquel recuerdo, que, si por acaso volvía, no daba más triste amargor á la pa-

sión última, que el que un grano de sal puede dar á un torrente. ¡Qué feliz sería... sino fuera por esa *infamel*

Si; ¡aquella infame Juliana sí que se sentía feliz! A veces miraba en derredor de su cuarto con sonrisa de avaro; desdoblaba y sacudía los vestidos de seda; colocaba los batitas en fila, contemplándolas extática, y sobre las abiertas gavetas de la cómoda, contaba y recontaba la ropa blanca, acariciándola con mirada de dueña satisfecha.

—¡Cuánto tiene la *Piorrinha!*—murmuraba.

—¡Ah! Ahora sí que estoy bien—decía á la tía Victoria.

—¡Ya lo creo! La casa no te produce un *conto de reis*; pero recuerda que te traje un par de regalos. Estás obligada á lo mismo... Una buena pieza de lino, un buen aderezo, buenas monedas... Y agradecida aún. ¡Aprovéchate, hija; aprovéchatel

Empezó á pensar que ya debía gozar.

Una mañana fría se quedó en cama hasta las nueve, con las maderas abiertas, que filtraban un hermoso rayo de sol sobre la estera. Después lo explicó secamente, diciendo que había estado adormilada. A los dos días de esto, eran las diez, y Juana fué á decir á Luisa:

—La señora Juliana está aún en la cama, y todo está por limpiar.

Luisa se aterró. ¡Qué! ¿Sufriría sus descuidos como había sufrido sus exigencias?

Fué al cuarto de Juliana.

—¿Aun no se ha levantado usted?

—Así me lo recomendó el médico—replicó insolentemente.

Y desde ese día, pocas veces se levantaba antes de la hora de servir el almuerzo. Luisa exigió á Juana que la sustituyera: sería por poco tiempo:

¡estaba tan malucha la pobre mujer! Y para tener contenta á la cocinera, la dió dinero para ayuda de un vestido.

Juliana empezó después á salir sin licencia, y cuando volvía tarde á comer, no se tomaba el trabajo de disculparse.

Un día no pudo contenerse Luisa, viéndola ponerse en el corredor los guantes negros:

—¿Va usted á salir?

—Sí, voy á salir. Todo queda arreglado; todo lo que es de mi obligación.

Y se marchó taconeando.

¡Ya no le faltaba más que hacer lo que no quería hacer la *Piorrinha!*

Juana comenzó á murmurar. “La señora Juliana todo el día en la calle y yo me aguanto...”

—Si estuviera usted enferma, también haría lo que ella — decía Luisa, cuando percibía aquellos gruñidos.

Y la halagaba con vino de sobremesa.

Luisa estaba apurada. ¿Cómo acabaría todo aquello? Los descuidos de Juliana eran ya graves.

Para salir más pronto, apenas si hacía lo más esencial. Luisa era la que acababa de guardar la vajilla, quitaba muchas veces la mesa, y hasta subía ropa suya á la azotea para que se secase...

Un día Jorge á las cuatro vió la cama sin hacer y Luisa se apresuró á decirle que “Juliana había ido á casa de la modista.”

A los dos días eran las seis, y aun no había ido para servir la comida. “Ha ido á casa de la modista...” dijo también Luisa.

—Pues si Juliana está sólo para ir á casa de la modista, hay que tomar otra criada para el servicio de la casa — contestó Jorge.

Estas secas palabras la pusieron pálida y la hicieron llorar.

Jorge se admiró. ¿Qué era? ¿qué tenía? Luisa no contestó y rompió en un llanto nervioso, histérico.

—Pero, ¿qué es esto? ¿Qué tienes, hija mía? ¿Te has disgustado?

Luisa, sofocada, no respondía. Jorge la hizo respirar sales y la besó mucho.

Sólo cuando se calmó un tanto pudo decir con voz empañada:

—Me has hablado tan secamente y estoy tan nerviosa...

El se rió, la llamó tontuela, la secó las lágrimas... Pero se quedó pensativo. Ya la había notado ciertas tristezas y abatimientos inexplicables, y una especie de irritabilidad nerviosa... ¿Qué era aquello?

Para que Jorge no notase más descuidos, empezó á completar ella misma el arreglo de la casa. Juliana se apercibió, y muy tranquila tomó el partido de "dejarla cada vez más en qué entretenerse." Primero no barrió más; luego no hizo las camas, y una mañana, por fin, no bajó las aguas sucias. Luisa esperó en el corredor á que Juliana no la viese, y fué á bajarlas. Cuando subió á limpiarse las manos, lloraba... ¡Deseó morir! ¡Hasta dónde había llegado!

Doña Felicidad entró un día de pronto, y la vió barriendo la sala.

—Que haga eso quien no tenga criada, pase; pero tú...—la dijo.

Tenía Juliana tanto que almidonar...

—No la dispenses nada, porque no te lo agradecerá, y aun se reirá de ti. Es hacerla á malas costumbres... ¡Qué aguante!

Luisa sonrió, y dijo:

Es por esta sola vez en mi vida...

Su tristeza iba en aumento. Refugiábase en el

amor de Jorge, como en su único consuelo. De noche respiraba: Juliana dormía; no veía su cara agria, no recelaba de ella, no tenía que alabarla, no trabajaba por ella... ¡Era entonces *ella misma*, era la Luisa de antes!

¡Estaba en su cuarto, cerrada por dentro, con su marido, librel! ¡Podía vivir, reirse, hablar, hasta tener apetito! Y, en efecto, llevaba á las veces pan y dulce al cuarto, para hacer una pequeña cena.

Jorge extrañaba aquello.—Eres otra por la noche,—decía; y la llamaba *ave nocturna*. Ella se reía, en enaguas en medio del cuarto, con los brazos y el cuello desnudos y el cabello en trenzas, y paseaba, tarareaba y charlaba, hasta que Jorge decía:

—Ya es tarde, niña...

Despedíase de él abrazándole.

Pero, ¡qué amanecer! Por clara que fuese la mañana, todo le parecía vagamente turbio; se vestía con repugnancia, entrando en el nuevo día como en una prisión.

Perdió la esperanza de recobrar su libertad. A veces la asaltaba como un relámpago la idea de contarle todo á Sebastián. Pero cuando le veía, con su mirar honesto, abrazar á Jorge, y marcharse juntos riendo á fumar, la parecía más fácil salir á la calle y pedir dinero al primer hombre que hallase, que decirle á Sebastián, al íntimo de Jorge, al mejor amigo de la casa... "Escribí una carta á un hombre, y me la robó la criada..." ¡No! Antes morir y hasta fregar las escaleras...

Empezó Jorge á quejarse de que sus camisas estaban mal planchadas; Juliana se iba echando á perder positivamente. Un día se enfadó: la llamó, y tirándola una camisa arrugada:

—¡Esto no se puede poner; está indecente!—dijo.

Juliana se puso lívida, y clavó en Luisa una mirada que quemaba; pero con labio trémulo se disculpó. "El almidón era infame... había que cambiarlo...", etc.

Apenas se fué Jorge, Juliana entró como un vendaval en su cuarto, cerró la puerta y empezó á gritar «que la señora ensuciaba un montón de ropa, el señor un montón de camisas, y que sin ayuda no podía con tanto... ¡El que quiera negras, que las traiga del Brasil!»

—Y no estoy por sufrir los arranques de su marido: ¿está usted, señora? Si quiere dar abasto, que me ayude.

Luisa, contestó simplemente:

—La ayudaré.

Llegó á tener una resignación muda, sombría: lo aceptaba todo.

A fin de semana hubo mucha ropa, y Juliana dijo que si la señora planchaba, ella almidonaría; si no, no.

Hacía un día hermoso, y Luisa pensaba salir. Dejó los vestidos y, sin decir palabra, fué á buscar la plancha.

Juana se quedó atónita.

—¿Va á planchar la señora?

—Hay una carga de ropa, y Juliana sola no puede aviarlo todo.

Instalóse en el cuarto de planchar, y estaba planchando ropa de Jorge cuando apareció Juliana con sombrero.

—¿Va usted á salir?—exclamó Luisa.

—Venía á decirselo á la señora... No puedo dejar de salir.

Y se abotonaba los guantes negros.

—Pero... ¿quién almidona las camisas?

—Yo voy á salir,— contestó la otra secamente.

—Pero, ¿quién almidona las camisas?

—Almidónelas la señora...

—¡Infame!—gritó Luisa, arrojando la plancha al suelo.

—Y salió impetuosamente.

Juliana la sintió sollozar en el corredor, y se quitó el sombrero y los guantes asustada. De allí á poco, oyó cerrar con fuerza la puerta. Fué al cuarto de Luisa, y vió el ropero revuelto y la sombrerera caída.—¿Donde había ido? ¿A quejarse á la policía? ¿A buscar á su marido? ¡Con mil diablos! No se podía jugar con aquel genio... Se fué de prisa al cuarto, y se puso á almidonar, con el oído alerta y arrepentida. ¿Donde había ido? ¡Debía tener cuidado! Si la impulsaba á hacer un disparate, ¿quién perdía más? Ella, que tendría que salir de la casa, dejar su cuarto, sus comodidades, su posición... ¡Demonio!

Luisa salió como loca. Por la calle de la Escuela pasaba un cupé vacío; entró en él y dió al cochero las señas de Leopoldina. Debía haber vuelto de Oporto ya.

Llegó, subió las escaleras y sonó violentamente la campanilla, agitada por una mano febril.

Justina empezó á gritar por el pasillo:

—¡La señora doña Luisa, mi señora doña Luisa, Luisa!...

Leopoldina, con una bata carmesí de larga cola, corrió, abriendo los brazos:

—¿Eres tú? ¿Que milagro es este? Ahora me levanto. Entra, entra... Todo está desarreglado; pero no importa... Mas, ¿qué es esto?

Abrió las maderas, aun cerradas. Se percibía fuerte olor á vinagre de *toilette*. Justina vaciaba presurosa una jofaina con agua de jabón, y guardaba toallas sucias; sobre una jardinera había rizos de pelo, y en una escupidera puntas de cigarro. Leopoldina corrió el transparente, diciendo:

—¡Gracias á Dios que honras esta casa, nena!

Pero al ver el rostro de Luisa y sus ojos llenos de lágrimas:

—¿Qué hay? ¿Qué te pasa?

—¡Una cosa horrible, Leopoldina!—exclamó cruzando las manos.

La otra cerró rápidamente la puerta:

—¿Qué es?

Luisa lloraba sin contestar, y Leopoldina la miraba petrificada.

—¡Juliana me robó las cartas! ¡Me pide seiscientos mil *reis* por ellas! ¡Estoy perdida!... ¡Esto es un martirio!... Quiero que me ayudes, á ver si te ocurre... ¡Estoy como loca! Yo lo hago todo en casa... Me muero, no puedo más...

Y sus lágrimas aumentaban.

—¿Y tus joyas?

—Valdrían doscientos mil *reis*... ¿Y qué le diría á Jorge?

Leopoldina mirando en derredor y abriendo los brazos dijo:

—Todo lo que tengo no vale, hija, ni veinte libras esterlinas.

Luisa murmuraba, limpiándose el llanto:

—¡Que expiación la mía, Dios mio; que expiación!

—¿Qué dice esa carta?

—¡Horrores! Estaba loca... Hay una misa y dos de él.

—¿De tu primo?

Luisa contestó *que sí* lentamente con la cabeza.

—¿Y él?

—No sé... Está en Francia, y no me contesta.

—¡Tonta! Pero ¿cómo te las robó esa mujer?

Luisa contó la historia del sarcófago y del cofre. Pero tú también... Guardar una carta así... ¡Eso es una inocentada, criatura!

Y Leopoldina se puso á recorrer el cuarto, arrastrando la cola de su bata; sus grandes ojos negros,

excitados, parecían buscar un medio, una salida, y murmuraba:

—Esta es cuestión de dinero...

Luisa repetía:

—Cuestión de dinero...

Leopoldina se paró bruscamente ante ella:

—Yo sé quien te daría ese dinero.

—¿Quién?

—Un hombre.

Luisa se levantó asustada.

—¿Quién es?

—Castro.

—¿El del lente?

—El del lente.

Luisa se puso encarnada.

—¡Oh, Leopoldina!...—murmuró.

Y añadió, después de una pausa:

—¿Quién te lo asegura?

—Lo sé yo. Se lo dijo él á Mendoza; ya sabes que eran uña y carne. Que te daría cuanto le pidieras...

Lo dijo más de una vez.

—¡Qué horror!—exclamó Luisa indignada.—¿Y tu me propones tal cosa?

Quitose el sombrero violentamente, y con mano trémula lo arrojó sobre la jardinera, y paseando agitada, dijo:

—¡Antes huir, meterme en un convento, ser criada y barrer la basura de la calle!...

—¡No te exaltes, criatura! ¿Quien te dice eso? Tal vez te prestase el dinero sin interés...

—¿Lo crees tú?...

Leopoldina, con la cabeza baja, hacia girar las sortijas en los dedos.

—Y aunque así no fuese...—dijo de pronto.—Sería

un «conto de reis, dos contos»... ¡estabas salvada, y eras feliz!

Luisa sacudió los hombros, indignada de aquellas frases... ¡Tal vez de su propio pensamiento!

—¡Es indigno y horrible!—dijo.

Callaron ambas.

—¡Ah! ¡si fuese yo!—dijo Leopoldina.

—¿Qué harías?

—Escribir a Castro que viniese con el dinero.

—¡Esa eres tú!—exclamó arrebatadamente Luisa.

Leopoldina enrojeció bajo los polvos de arroz. Luisa le echó los brazos al cuello.

—¡Perdóname estoy loca; no sé lo que me digo! Las dos lloraron nerviosamente.

—¡Me has enfadado!—dijo Leopoldina sollozando—. Lo dije por tu bien, porque me pareció lo mejor. Si yo tuviese el dinero, te lo daría... haría todo lo que fuese preciso... ¡Créeme!

Abrió los brazos, enseñó su cuerpo con arranque de sublime impudor, y dijo:

—¡Setecientos mil reis! ¡Si yo valiese ese dinero, lo tendrías!

Llamaron con los nudillos en la puerta.

—¿Quién es?

—Yo—dijo una voz ronca.

—Es mi marido... Ese animal no se despega hoy de casa... ¡No puedo abrir ahora! ¡Vuelve luego!

Luisa se limpió los ojos y tomó el sombrero.

—¿Cuándo volverás?—preguntó Leopoldina.

—Cuando pueda; si no, te escribiré.

—Bueno. Yo pensaré en tanto... buscaré...

Luisa la cogió del brazo.

—De esto... ni palabra.

—¡Loca!

Salió. Fué subiendo despacio hasta la calle de

San Roque. La puerta de la iglesia de la Misericordia estaba abierta. Sintió necesidad de entrar, no sabía para qué; pero parecía que el fresco de la iglesia calmaría aquel vibrar de su pasión excitada. Sentíase tan infeliz, que se acordó de Dios. Se arrodilló al pie de un altar, se persignó y rezó un «Padre nuestro» y un «Ave María». Pero aquellas oraciones de su infancia no la consolaban: eran como sonidos inertes, que no subían al cielo más alto que su respiración agitada; no las comprendía bien; no tenían aplicación en su caso; nunca podría Dios por ellas adivinar lo que ella pedía allí postrada y acongojada. Quería hablar a Dios, mostrarse entera a El.

Lentamente, en un remolino que no dominaba, que se formaba en su cerebro, como el flotante rodar del humo que se eleva, recordaba el tiempo en que por melancolía y sentimentalismo frecuentaba las iglesias. Aun vivía su madre, y ella, con el corazón turbado—cuando *el otro*, Basilio, la escribió rompiendo aquellos amores,—procuraba disolver sus tristezas en los éxtasis de la devoción. Una amiga suya, Juana Silveira, profesó por entonces en Francia; a veces deseó partir también, ser Hermana de la Caridad, levantar heridos en los campos de batalla, o vivir en la paz de una celda rústica y reposada... ¡Qué diferencia entre aquella vida y esta suya de ahora! ¡Dónde estaría? Lejos, en algún monasterio antiguo, entre sombrías arboledas, en algún valle solitario y contemplativo; tal vez en Escocia, país que siempre amó desde que leyó a Walter Scott... Tal vez en las verdes tierras de Lammemoor o Glencoe, en alguna abadía sajona. Alrededor de los montes cubiertos de abetos, coronados de nieve, se esconden aquellos retiros de paz sepulcral; por el cielo brumoso pasan las nubes despacio, como

con recogimiento; ningún ruido alegre turba la melancólica paz de las cosas...; de vez en cuando pasan tribus de cuervos que cortan el aire con su vuelo triangular... Allí viviría, entre las monjas de alta estatura y ojos célticos, hijas de duques normandos, ó de lords jefes de *clau* convertidos en Roma; leería libros en que se hablara dulcemente del cielo; sentada á su estrecha ventana, vería pasar por entre las matas bajas los cuernos de los venados, y en las tardes de niebla escucharía el lejano sonido del *bag-pipe* que toca el pastor cuando vuelve de los valles de Collendar..., y todo el ambiente estaría lleno del murmurio lamentoso é intermitente de los arroyos que por entre la grama sombría caen de roca en roca...

Acaso hubiera sido otro vivir más regalado en algún pacífico convento de una hermosa provincia portuguesa. Allí los techos son bajos y las paredes blanqueadas brillan al sol; las campanas repican alegremente en el aire azulado; fuera, en los campos de olivares que dan aceite para el convento, mujeres que vanean la aceituna cantando; en el patio, empedrado de guijos menudos, las mulas de la noria se sacuden las moscas pateando fuerte; algunas mujeres cuchichean en el portalón; un carro chirría en la entrada; los gallos cacarean brillando al sol, y las novicias, regordetas, de ojos negros, charlan en los frescos corredores.

Allí viviría y moriría vieja, oyendo á las golondrinas cantar cerca de su tumba. El señor obispo en tanto, con el anillo en el blanco dedo, escucharía sonriendo, de labios de la madre abadesa, la edificante historia de su santa muerte...

Un sacristán tosió fuerte; y como nidada de pájaros que callan al oír un ruido brusco, así huyeron

todos sus sueños. Suspiró, se levantó reposadamente y se encaminó triste hacia su casa.

Juliana abrió la puerta, y en el pasillo la dijo con voz suplicante:

—Perdóneme la señora...; estaba loca. Tenía la cabeza trastornada de no dormir en toda la noche... Me quedé muy afligida...

Luisa no contestó y se fué a la sala. Sebastián, que iba a comer con ellos, tocaba la serenata de «Don Juan», y dijo al verla:

—¿De dónde tan pálida?

—Debilidad, Sebastián... Vengo de la iglesia.

Jorge salía del despacho con unos papeles en la mano.

—¡De la iglesia!—murmuró—. ¡Qué horror!

XII

Por aquel tiempo publicó el *Diario del Gobierno* la promoción del Consejero Acacio al *grado de Caballero de la orden de Santiago*.

La noche siguiente, al entrar en casa de Jorge, fué objeto de una ovación; el Consejero, después de abrazarles uno por uno, nervioso y conmovido, cayó emocionado sobre el sofá, y dijo:

No esperaba tanto de la real munificencia...; no esperaba tanto.—Y añadió, colocando la mano sobre el pecho:—Diré con el filósofo: ¡Esta condecoración es el mejor día de mi vida!

Invitó á Jorge, Sebastián y Julián para comer juntos el jueves “una modesta comida de solteros en un humilde tugurio, para festejar la real merced.”

En efecto, el Consejero los recibió con el hábito de Santiago sobre el frac negro. Había otro sujeto en la sala, el señor Alves Continho, pecoso de vi-ruelas, y con la cabeza muy metida entre los hombros.

Era empleado del ministerio de la Gobernación, ilustre por su inmejorable letra.

A poco entró la conocida figura de Saavedra, re-

dactor del *Siglo*. Su rostro pálido parecía más satinado, y su negrisimo bigote relucía con la brillantina. Sus lentes de oro acentuaban su aspecto oficial; llevaba aún en la mejilla los polvos de arroz que momentos antes le pusieron al afeitarse; y en aquella mano que escribía tanta majadería, llevaba el par de guantes nuevos de color de yema de huevo.

—¡Estamos todos!—dijo alegremente el Consejero; é inclinándose:—¡Bien venidos, amigos míos! Tal vez estaremos mejor en mi cuarto de estudio... Por aquí... Hay un escalón; cuidado... ¡Este es mi *Sancta Sanctorum!*

En una salita muy arregladita, donde estaba la mesa de escribir, con su tintero de plata, las plumas simétricamente colocadas y las reglas cuidadosamente dispuestas. Sobre la *Carta constitucional*, estaba el escudo de armas del Consejero. Colgado en la pared la *carta regia* que le nombró para aquel cargo; entre un retrato del Rey, y descollando sobre una mesa, el busto en yeso de Rodrigo de Fonseca Magallanes, con una corona de siemprevivas, que le glorificaba y lloraba, todo á un tiempo.

Julián examinó la librería.

—Tengo á gala poseer los más ilustres autores, amigo Zuzarte—dijo con orgullo el Consejero.

Enseñó la *Historia del Consulado y del Imperio*, las obras de Delille, el *Diccionario de la conversación*, la edición de bolsillo de una *Enciclopedia*, y el *Parnaso lusitano*. Habló de sus trabajos, y apuntó que ante aquellas personas tan sensatas desearía leer algunas pruebas que estaba corrigiendo de su nuevo libro: *Descripción de las principales ciudades del Reino, y sus Institutos*, para oír su opinión imparcial y severa...

—Con mucho gusto...

- Sí, Consejero; con gusto...

Escogió «como más propia para formar idea de la importancia del trabajo», la página relativa a «Coimbra». Se levantó, y de pie, en medio de la sala, leyó con voz llena y gesto pausado las pruebas de imprenta:

—«Reclinada muellemente en su verdeguante colina, como la odalisca en sus aposentos, está la sabia Coimbra, la Atenas portuguesa. Le besa, diciéndola secretos de amor, el manso Mondego. En sus bosques el ruiseñor y otras aves amorosas dejan oír sus melancólicos trinos. Cuando os aproximáis por el camino de Lisboa, en el que antes corría un bien organizado coche correo, sustituido hoy por la humeante locomotora, se la ve blanquear, coronada por imponente mole de la Universidad, asilo de la sabiduría. La corona la torre con su campana, que el lenguaje estudiantil llama *la cabra*. Luego os roba la atención un corpulento árbol, el famoso «árbol de los Dorias», que extiende sus ramas seculares sobre el jardín de uno de los miembros de esta respetable familia.

»Luego distinguís, sentados en los parapetos de su antiguo puente, jugando, a los bravos mozos esperanza de la patria, o requebrando a las garridas mozas que pasan derramando frescura y juventud, o revolviendo en la mente los problemas más áridos de sus bien elaborados compendios...»

—La sopa está en la mesa—dijo una robusta muchacha con delantal blanco.

—¡Bravo, Consejero, bravo!—exclamó Saavedra levantándose—. ¡Admirable!

Le reputó como autoridad y dijo que el «estilo era digno de un Rebello o de un Latino, y que realmente hacía mucha falta una obra como aquella en Por-

tugal... Y pensaba: "Pedazo de acémila... Era su apreciación constante de toda obra contemporánea, exceptuando sus artículos del *Siglo*.

—¿Qué le parece, amigo mío?—preguntó en voz baja el Consejero á Julián, pasándole la mano por la espalda. — ¡Su opinión imparcial, amigo Zuzartel — Señor Consejero—dijo Julián,—le envidio...

Y al decirlo, sus lentes oscuros se fijaban en una colcha parda que cubría en un ángulo grandes pilas de libros, á juzgar por los bordes... ¿Qué sería?

— ¡Le envidio!—repitió.—Otra cosa, Consejero... ¿Dónde puedo lavarme las manos?

Accacio le llevó á su cuarto, y se retiró discretamente.

Julián, siempre curioso, observó con sorpresa dos estampas sobre la cabecera de la cama, un *Ecce Homo* y una *Dolorosa*. El cuarto estaba esterado; la cama era baja y ancha. Abrió el cajón de la mesa de noche, y vió una papalina y un volumen de poesías *verdes* de Bocage. Entreabrió las cerradas cortinas de la cama, y tuvo el consuelo de ver sobre la almohada dos hoyos unidos de una manera conyugal y tierna...

Salió de la alcoba limpiándose las uñas con la toalla, y el Consejero les condujo al comedor, diciendo jovialmente:

—No esperen un festín de Lúculo... Será apenas un modesto refrigerio de humilde filósofo.

Pero Alves Continho se extasió ante la abundancia de tarros de dulce: había *crema* dorada con plancha; un plato de *huevos quemados*, y arroz con leche, que ostentaba las iniciales del Consejero, dibujadas con canela.

—¡Gran día para Sebastián!—dijo Jorge.

Alves Continho se volvió á Sebastián, frotándose las manos, con la sonrisa en su rostro icterico.

—¿Es usted de los míos, eh? ¿La gusta el dulce ese? También á mí, también...

Las cucharas removían la caliente sopa, agitando los canutillos largos y blandos del macarrón.

El Consejero dijo:

—No sé si les gustará la sopa... Yo adoro el macarrón.

—¿Le gusta á usted el macarrón?—dijo Alves.

—Mucho, querido Alves. ¡Me recuerda á Italia!— Y añadió:—País que siempre he deseado ver. Me han dicho que sus ruinas son de primer orden... Puede usted ir trayendo el cocido, señora Filomena... Con franqueza... ¿prefieren cocido, ó pescado? Es un pagro.

Hubo un instante de duda, y Jorge dijo:

— El cocido.

—Nuestro Jorge opta por el cocido—dijo el Consejero con afecto.

—Soy de su opinión—saltó Alves Continho, volviéndose á Jorge con los ojos llenos de agradecimiento.—¡Oh, el cocido!

El Consejero, que creía deber suyo levantar notablemente la conversación, dijo espumando lentamente la grasa de la sopa:

—Me han dicho que es muy liberal la Constitución de Italia.

—¡Liberal! Si Italia fuera liberal, hubiera echado á puntapiés al Papa, al Sacro Colegio y á la Compañía de Jesús—dijo Julián.

El Consejero pidió bondadosamente al amigo Zuzarte benevolencia para "el Jefe de la Iglesia".

—No es que yo sea sectario del *Syllabus*; no es que quiera ver á los jesuitas entronizados en el seno de la familia. Pero el respetable prisionero del Vaticano, el vicario de Jesucristo... ¡Sírvasse usted arroz, querido Sebastián!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1900. 1025 MONTERREY, MEXICO

No había que extrañar aquellas opiniones católicas del Consejero, según Julián, porque tenía dos imágenes de santos en la cabecera de su cama.

La calva de Acacio enrojeció, y Saavedra, el de *El Siglo*, exclamó con la boca llena:

—¡No sabía eso, Consejero!

Acacio, afligido, dejó el tenedor y dijo:

—Suplico al amigo Saavedra no deduzca de ese hecho consecuencias erróneas. Mis principios son bien conocidos. No soy ultramontano, ni hago votos por el restablecimiento de la persecución religiosa; soy liberal, y creo en Dios. Pero reconozco que la religión es una necesidad.

—Para los que la necesitan —interrumpió Julián.

Rieron, y Alves Continho más que nadie. Turbado el Consejero, respondió lentamente, cortando rodajas de pan:

—No la necesitamos nosotros; pero sí la masa del pueblo, señor Zuzarte. De lo contrario, aumentaría la estadística criminal.

Saavedra, el de *El Siglo*, dijo con la fisonomía seria:

—Dice una gran verdad! Repetiré la máxima, modificándola: ¡La religión es un freno!

Y hacía ademán de contener una mula. Pidió más arroz. Aquel hombre devoraba.

El Consejero continuaba disertando:

—Como decía, soy liberal; pero entiendo que algunas estampas alusivas al misterio de la Pasión tienen su sitio en una alcoba, e inspiran, en cierto modo, sentimientos cristianos; ¿no es cierto, amigo Jorge?

Pero Saavedra interrumpió vivamente, con libertina jovialidad:

—¡Yo no admito en una alcoba más pinturas que

una bella ninfa desnuda ó una bacante desenfrenada!

—¡Eso, eso! —bramó Alves Continho, dilatándose le la boca con sensual admiración. — ¡Este Saavedra, este Saavedra! — Y añadió volviéndose á Sebastián — ¡Qué talento! ¿eh? ¡qué talento!

El Consejero se volvió á Julián, y levantándose la servilleta, le dijo:

—Supongo que no serán esos grabados inmorales los que se verán en su gabinete de estudio.

Julián rectificó:

—En mi cubil sólo tengo dos litografías: una es de un hombre sin piel, para que se vea el sistema arterial, y otra igualmente, para ver el sistema nervioso.

El Consejero hizo con su blanca mano un gesto de enojo, y expuso que la medicina tenía cosas asquerosas. Había oído decir que los estudiantes más despreocupados llevan su desprecio por la moral hasta el punto de apedrearse, bailando, con pies, brazos, narices y otros miembros humanos... en las salas de disección.

—Pero, señor Consejero, es lo mismo que si se tiraran piedras; todo es materia inerte — dijo Julián llenando su copa.

—¿Y el alma, señor Zuzarte? — exclamó el Consejero.

Hizo un gesto de vaga reticencia, y creyendo haberle aniquilado con aquella suprema palabra, tuvo para Sebastián una sonrisa cortés y protectora, y le dijo:

—¿Y qué dice nuestro buen Sebastián?

—Escucho, señor Consejero.

—No dé usted oídos á esas doctrinas; mantenga su alma pura. Son doctrinas perniciosas. Y lo peor es que Jorge, ¡cosa lamentable en un hombre casado y